

ÍNDICE

Introducción. La década de los sesenta del siglo xx y la ciudad de Santa Cruz de La Palma.....	5
I. Las comunicaciones	17
II. Los bares, los restaurantes, los hoteles y el turismo	29
III. La Cosmológica y La Sabatina.....	41
IV. El diario.....	57
V. La poesía palmera de Domingo Acosta Guión a Luis Cobiella Cuevas.....	69
VI. Las conferencias y los conferenciantes	87
VII. Teatro, circo y variedades	97
VIII. Las películas y los cines	123
IX. Las fiestas.....	139
Perfiles biográficos	147
Apéndice I.....	165
Apéndice II. Historias bastante palmeras	183
Epílogo.....	245
Bibliografía consultada.....	247
Índice onomástico.....	249

INTRODUCCIÓN

LA DÉCADA DE LOS SESENTA
DEL SIGLO XX Y LA CIUDAD
DE SANTA CRUZ DE LA PALMA

Los franceses acostumbran a decir que la década de los sesenta cambió el mundo; no fue una edad de oro, pero fue el tiempo de todas las revoluciones: sexual, moral, artística (*pop art*, *nouvelle vague*), científica y tecnológica (primer trasplante de corazón, primer hombre en el espacio, lanzamiento del proyecto Arpanet, ancestro de Internet). También tuvo lugar en esa década una revolución cultural, que vio a la generación de la posguerra imponer sus gustos musicales, sus modas, sus códigos de lenguaje —el tuteo de rigor, un cierto sentido del humor—. Sin contar con las revoluciones políticas que se produjeron al final de la década (el mayo francés especialmente, pero también, sucesivamente, las protestas revolucionarias de Praga, de California, de Méjico). Muchos de los grandes combates de la segunda mitad del siglo xx tienen su origen ahí: la lucha por los derechos de las mujeres, de los gais, de las minorías oprimidas, del pueblo palestino, el combate por la paz. Un buen amigo palmero —Pedro Rodríguez Cruz— llevaba en su reloj de pulsera tres fotografías a modo de síntesis representativa de aquella década prodigiosa: la del presidente norteamericano Kennedy, la del presidente de la URSS Krucheff y la del papa Juan XXIII.

De todas estas revoluciones, la que quizá tuvo más eco en La Palma fue la cultural: en los cines de la ciudad se pudieron ver algunas películas europeas que respondían a una filosofía distinta de las que se producían en Hollywood; la música de Los Beatles y de sus múltiples seguidores se fue imponiendo en las emisoras de radio (también en La Voz de la Isla de la Palma, que se acababa de inaugurar), así como la moda del pelo largo y de una vestimenta más informal, y el bikini y, tímidamente,

también la minifalda; en fin, durante la Bajada de la Virgen de 1960 se estableció en la ciudad la compañía de teatro clásico Lope de Vega, que representó, con gran éxito, obras de autores contemporáneos y de problemática actual. Nada de todo esto había pasado en las décadas anteriores.

La ciudad tampoco fue del todo ajena a algunas de las revoluciones políticas que durante aquellos años se fraguaban en el Mediterráneo, si bien aquí llegaron solamente algunos ecos, más bien apagados, de aquellas luchas: a La Palma fueron deportados algunos cabecillas de la OAS, que habían luchado, a veces de manera no muy ortodoxa, por una Argelia francesa; en la ciudad recalaron, además del yate de Onassis, a la sazón acompañado de su amigo Churchill, el pretendiente carlista al trono español, Carlos Hugo de Borbón, y su esposa Irene de Holanda, a quienes el gobierno español aconsejó (en las dictaduras este tipo de consejos no se pueden rechazar) pasar la luna de miel lejos de los focos carlistas aún vivos en la península.

El año 1960 fue un verdadero punto de inflexión para la ciudad de Santa Cruz de La Palma, y no solamente en el plano cultural, sino también en el social y en el económico. De la importancia que aquel año tuvo para la sociedad y la economía palmera da una idea el artículo publicado en el *Diario de Avisos* el último día de 1960, en el que se enumeran las siguientes realizaciones municipales: la puesta en marcha de la emisora La Voz de la Isla de La Palma; la celebración, con gran esplendor, de las Fiestas Lustrales, tal vez las más brillantes desde un punto de vista cultural de su historia; la inauguración del Grupo Escolar del Norte y de viviendas para maestros; la construcción de cien viviendas sociales; las mejoras en el alumbrado y en el pavimento de la avenida marítima y de otras calles; el traslado del Instituto de Enseñanza Media; la reapertura del Hotel Florida; la construcción del Hotel Mayantigo; el comienzo de las obras del Real Nuevo Club; la contratación de un préstamo de cinco millones de pesetas para el abastecimiento de agua, y el inicio de las obras de ampliación del puerto. Muchas de estas realizaciones (hoteles Florida y Mayantigo, obras de ampliación del puerto, inicio de

obras del Real Nuevo Club) tienen que ver con el despertar turístico de la isla, y todas ellas fueron importantes para que la ciudad de Santa Cruz de La Palma diera un salto cualitativo hacia la modernidad.

La modernidad: en aquellos años el arquitecto Pelayo López presentó un plan para construir la avenida marítima del Sur (desde el risco de la Concepción hasta el barranco del Socorro); se programó la fusión de las comunidades de aguas en el norte de la isla; se habló de la integración o fusión de los municipios de las dos Breñas, Puntallana y Santa Cruz de La Palma; se presentó un plan de ordenación urbana de Santa Cruz de La Palma, y visitaron la isla diferentes delegados turísticos europeos con ánimo de promover el turismo en La Palma. No todas estas propuestas ni las demás que se pusieron sobre la mesa de las autoridades municipales llegaron a hacerse realidad, pero el solo hecho de que se plantearan pone de manifiesto la voluntad de los segmentos más activos de la población palmera por asumir nuevos retos para la ciudad. En una entrevista concedida al *Diario de Avisos*, Miguel Sosa Pérez, que fue el alcalde de Santa Cruz de La Palma durante los primeros años sesenta, decía, en frase sin duda hiperbólica, que en la ciudad “todo estaba por hacer”. El alcalde se refería, sin duda, a la cantidad de obras que había tenido que asumir la Corporación municipal para modernizar la ciudad: desde el proyecto de abastecimiento público de aguas hasta el del nuevo alumbrado de la avenida marítima, pasando por los proyectos de un nuevo grupo escolar, de la construcción de nuevas viviendas, del ensanche de la calle Real, del emplazamiento del nuevo cementerio, de la Casa de la Cultura, etc. Puede pensarse que la realización de algunas de estas obras de infraestructura proyectadas propició un más amplio desarrollo de las aficiones culturales de muchos palmeros. Sin infraestructuras, se decía entonces, no puede haber superestructuras estables.

Conviene insistir en que la ciudad de Santa Cruz de La Palma, pese a que cuenta con poco más de 16.000 habitantes, posee una variada actividad cultural. Un numeroso público, movido por sus aficiones literarias, pictóricas, musicales y

científicas, acude a las representaciones teatrales, audiciones musicales, conferencias, exposiciones, mesas redondas o conciertos de grupos locales que, periódicamente, tienen lugar en la ciudad. Estas arraigadas aficiones artísticas del público palmero se hacen especialmente evidentes en las manifestaciones festivas: una serie de actos de significación cultural jalonan el calendario de fiestas y festejos de la capital palmera.

Es muy probable que, como ya queda dicho, el antecedente más inmediato de esta sólida vida cultural se encuentre en una serie de iniciativas desarrolladas mediado el siglo xx. Por la concurrencia de una serie de factores que aquí intentaremos analizar, entre 1955 y 1965, Santa Cruz de La Palma fue una ciudad que despertó de un largo letargo cultural. Fue despertando paulatinamente, de una manera progresiva y dinámica. Este proceso también se produjo en otras ciudades canarias y españolas, pero en el caso de Santa Cruz de La Palma tuvo unas características especiales. A saber:

1º) La coincidencia en la ciudad de un grupo de profesionales y funcionarios de una misma generación, que apostaron por romper los moldes de la cultura oficial, muy ligada al bando vencedor de la contienda civil iniciada en 1936. La inmensa mayoría de estas personas, cuya biografía se encuentra reflejada en un apéndice de este libro, no pertenecía, en aquel momento, a ningún grupo organizado opositor al régimen dominante; en todo caso podríamos definirlos como políticamente liberales y, en su mayoría, como conservadores y de formación cristiana. Posteriormente, con la llegada de la democracia, muchos de ellos simpatizaron con partidos de ideología próxima a la democracia cristiana, con las excepciones de Luis Cobiella, José Greses y del juez Plácido Fernández Viagas, que mantuvieron posiciones más escoradas a la izquierda. El juez Plácido no solo militó en el PSOE, sino que llegó a ser el primer presidente de la Comunidad Preautonómica andaluza, a propuesta de dicho partido. Sin embargo, al decir de su hijo mayor, Plácido no fue nunca nacionalista andaluz, a la manera que lo fue Blas Infante.

Durante los años estudiados, ninguno de ellos formó parte de ningún grupo o plataforma opositora al régimen. Si a algo

se oponían era a la grisura y tosquedad de la cultura que se quería imponer a través de los medios de comunicación oficiales, de los púlpitos de algunas iglesias y desde los foros políticos del entonces partido único. No obstante la mayoría de ellos se integró en un grupo o club de amigos que se identificó con el nombre de La Sabatina que, como veremos, tuvo una especial trascendencia en el auge cultural que experimentó la ciudad durante aquellos años. Al calor de la amistad, en La Sabatina se intercambiaban versos y prosas, bromas y veras, pinturas y acuarelas, músicas y canciones, *whiskies* y aguas de Firgas.

2º) En segundo lugar, hay que destacar que esta generación contó a su favor con la tolerancia activa de algunos órganos de expresión (el periódico *Diario de Avisos*, la emisora La Voz de la Isla de La Palma, la sociedad La Cosmológica, los teatros de la ciudad, el Instituto de Enseñanza Media) que iban publicando, emitiendo, representando y acogiendo las diferentes actividades culturales que dicho grupo organizaba o promovía. Quizá convendría matizar la anterior afirmación: estos medios de expresión —el diario y la emisora, en concreto— formaban parte del aparato de propaganda del régimen político imperante: de ahí que las páginas del *Diario de Avisos* de la época estén plagadas de artículos que también publicaban otros diarios del Movimiento, y que las noticias que recogían (la mayoría de la agencia EFE) tuviesen un carácter marcadamente papista, proamericano y decididamente anticomunista. En el *Diario de Avisos* se publicaban esencialmente noticias favorables al régimen y las que daban cuenta de catástrofes (grandes nevadas, descarrilamientos, accidentes de aviones, etcétera) o de golpes militares ocurridos por lo general a muchos kilómetros de distancia. Por otra parte, como tantos periódicos y publicaciones de aquella época, el *Diario de Avisos* tenía una clara alergia a la modernidad, que en ocasiones se ponía de manifiesto incluso en los pies de las fotografías que publicaba: así, debajo de una fotografía de Los Beatles en un concierto dado en Nueva York, el diario del 24 de febrero de 1964 publicaba este curioso y tendencioso comentario: “Ringo, con bucles y todo, va al frente del cuarteto. La esposa del gobernador de Nueva York llamó «maravillosos» a los cantantes, expresión que ya es en sí una maravilla”.

Pese a todo ello, durante la década estudiada, algunas páginas del *Diario de Avisos* fueron acogiendo progresivamente, como veremos, artículos de Luis Cobiella, de Arístides Martín, de Mario Baudet, de Pepe Greses, de Manolo Henríquez, de Plácido Fernández Viagas, de Pompeyo Crehuet, de Francisco Ayudarte, de Pepe Rivera, de Manuel Rico Lara, entre otros, que suponían una cierta ruptura con la línea profranquista del periódico y una clara apertura a una modernidad más intuida que experimentada, aunque siempre dentro de un orden. Así fue como en el diario se publicó una interesante polémica entre el sacerdote Juan Pérez Álvarez y el juez Plácido Fernández Viagas, acerca de la moralidad de una obra de teatro —*Llama un inspector*— que se representó en La Palma por aquellos años, así como también las cartas cruzadas entre Alejandro Casona (entonces exiliado en Argentina, aunque a punto de regresar a la península; ya no resultaba peligroso para el régimen) y el mismo Plácido. Estos artículos y cartas se recogen en este libro.

No hay que olvidar tampoco que durante la época estudiada la televisión no formaba parte de los hábitos de ocio de las familias. De hecho la televisión no fue inaugurada en Canarias hasta principios del año 1964 (*Diario de Avisos*, 11 de febrero de 1964) y, durante los primeros tiempos, solo se emitían programas durante cuatro horas al día (Bonanza, Salto a la fama, Escala en HIFI, Telenovela, Gran Parada, El día del Señor, Despedida y cierre y unos cuantos pocos más), desde las siete de la tarde a las once de la noche; las demás horas del día solo se podía visualizar, cuando se podía, la carta de ajuste. Cabe pensar que el renacimiento cultural que experimentó la ciudad es, en parte, debido a la ausencia de televisión en las casas.

3º) En tercer lugar conviene poner de relieve que en La Palma existía desde el siglo XIX una burguesía inquieta y culturalmente dinámica, que participaba animosamente en las actividades culturales que podían organizarse y que tenían el sello de la novedad. Esto explica, por ejemplo, que la llegada de la Compañía de Teatro Lope de Vega en 1960, con motivo de la Bajada de la Virgen, tuviera un éxito espectacular. Con un repertorio de teatro clásico y moderno en sintonía con lo que

se estaba representando en la Europa del momento y con un elenco de actores de una extraordinaria calidad, la compañía madrileña Lope de Vega despertó en la ciudad una enorme expectación y coadyuvó a la consolidación de un verdadero renacimiento teatral en la ciudad. Uno de los actores de la compañía Lope de Vega, Anastasio Alemán, al ser entrevistado por Pepe Greses en la emisora La Voz de la Isla de La Palma, manifestó que el público de Santa Cruz de La Palma asistió a la representación de las obras programadas, que eran obras difíciles de entender, con un silencio impresionante, quizá a veces más impresionante que el de cualquier otra gran ciudad peninsular.

Como veremos, el público palmero de la época también supo apreciar debidamente el esfuerzo que supuso la organización de diversos ciclos de conferencias que se celebraron, regularmente y durante los años estudiados, en los locales de la Cosmológica y en otros centros culturales de la ciudad.

Este libro nace con el objetivo de ofrecer una panorámica de aquella década “prodigiosa” de la cultura local (local en cuanto a su ubicación isleña, pero no en cuanto a los temas tratados, que conectaban con otras manifestaciones culturales que entonces se desarrollaban en países europeos, especialmente en Francia y en su capital, París, que entonces era considerada la luminosa capital cultural de Europa), y ofrece un estudio de las variadas iniciativas y actividades desarrolladas por las instituciones públicas y las entidades recreativas y científicas radicantes en la ciudad, así como de las aportaciones realizadas por los individuos más relevantes y culturalmente más inquietos que vivían en Santa Cruz de La Palma. Con este fin, se han consultado archivos familiares, tanto epistolares como fotográficos, se ha realizado un análisis exhaustivo de la cabecera local, *Diario de Avisos*, una fuente imprescindible para intentar comprender el devenir histórico y cultural de la capital insular, se ha revisado la bibliografía concerniente a los temas tratados y, cuando ha sido posible, se han efectuado numerosas entrevistas a los protagonistas de aquel renacimiento, de aquella verdadera “movida” cultural y, en algunos casos, a sus amigos y familiares más próximos.

Todo ello se ha plasmado en estas páginas que, tal como apunta el título escogido para el libro —*La ciudad soñada*—, más que una realidad, reflejan un deseo, una ilusión. El título de este libro, por otra parte, no es estrictamente original; al menos en dos artículos publicados en aquellos años en el *Diario de Avisos*, se emplea esta misma expresión de “ciudad soñada” para referirse a Santa Cruz de La Palma, aludiendo especialmente a su posible desarrollo arquitectónico.

La Palma como sueño: entre 1955 y 1965, en Santa Cruz de La Palma se esbozaron un conjunto de ideas y se llevaron a la práctica una serie de proyectos que tenían una finalidad esencialmente cultural: la de cultivar y desarrollar las artes, redefinir la ciudad o, incluso, nominar las cosas. En aquel entonces la especulación urbanística era marginal y el casco histórico de la capital insular conservaba, casi intacto, todo su encanto urbanístico. También las personas que integraban lo que se ha dado en llamar la clase media —la burguesía ascendente— de la ciudad, a la vez que intentaban olvidar el pasado más inmediato (en su mayoría eran casi adolescentes cuando estalló la guerra), tenían una manera diferente —más optimista, más confiada en los progresos humanísticos y tecnológicos de la sociedad—, de contemplar el presente y el futuro de la vida en ciudades que parecían estar hechas a medida humana, como era Santa Cruz de La Palma.

Los aportes fueron en todos los ámbitos y en este sentido, la ciudad fue soñada. Santa Cruz de La Palma se convirtió entonces en un camino, en una exploración, cuando no en un destino.

Es un sueño que continúa vivo: cuentan de un palmero, David Peces Fernández (trasplantado primero a Barcelona y después, ya en los años ochenta, a la Argentina) que, cada vez que se entristecía por cualquier avatar profesional o familiar, se ponía el vestido de mago de La Palma que alguien le había regalado, y este vestido actuaba como bálsamo para su espíritu dolorido, como una imposición de manos, como un sueño reparador. También sabemos de otro palmero, el hijo mayor de Plácido Fernández Viagas, que ha heredado su mismo nombre y su misma tendencia a idealizar la isla, a *sanborondonearla* (si se nos permite el neologismo), que tan fuertemente la ha

idealizado que aún tiene miedo a volver a La Palma, como si el sueño de la ciudad soñada pudiera entonces desvanecerse. También dicen que el primer Plácido, padre del anterior, que fuera juez de primera instancia de La Palma, al ser destinado a Cádiz, en cuya Facultad de Medicina se preparaban entonces los futuros médicos palmeros, recorría las calles de la ciudad con la esperanza de poder encontrar algún estudiante con acento palmero y con ganas de hablar y de cantar a la Isla.

Otro gran palmero, el citado Pedro Rodríguez Cruz, al trasladarse a estudiar a la península y verse privado de sus referencias insulares, enmudeció, sufrió el síndrome que podríamos llamar de Tanausú (llamado también de La Graja, según me advierte mi amigo Miguel Gómez), y estuvo una larga temporada sin comunicarse con nadie, como si las palabras solo fueran posibles en la isla, formando parte de su paisaje.

“¿Verdad que La Palma es lo más grande del mundo?”, acostumbraban a preguntar a sus amigos peninsulares algunos palmeros, deseosos de obtener una respuesta positiva, aún cuando no fuera del todo sincera. Sí, pero no, podríamos contestar; La Palma no puede ser lo más grande del mundo, porque justamente es de lo más pequeño del mundo y es por eso que nos gusta y nos hace soñar. Los catalanes acostumbran a decir que en el pote pequeño está la buena confitura (*en el pot petit hi ha la bona confitura*). El pote pequeño lleno de buena confitura, el dulce en el Atlántico, como diría el librero Eduardo Santos, o sea, La Palma.

El libro está dividido en diversos capítulos: en el primero se analizan las comunicaciones (marítimas, aéreas, terrestres y telefónicas) de la isla, que en aquellos años experimentaron un fuerte impulso. Es sabido que la falta de buenas comunicaciones acentúa el sentimiento de soledad de los isleños. No es un sentimiento rechazable, siempre que se trate de una soledad asumida y no impuesta.

En el capítulo segundo se hace una referencia a unos cuantos bares y establecimientos hoteleros existentes en la ciudad, algunos de ellos casi mitológicos, y al turismo que entonces, de una manera incipiente, visitaba la isla: los primeros alemanes, los primeros bikinis, cuya presencia en la playa de

la ciudad favoreció una huelga de estudiantes en el instituto y un montón de prohibiciones gubernativas.

El capítulo tercero glosa las actividades desplegadas por alguna de las asociaciones que influyeron en la vida cultural de la ciudad, con especial atención a las reuniones de La Sabatina.

En el capítulo cuarto se inventarían y comentan un buen número de artículos, la mayoría escritos con pretensiones literarias, que se publicaron en el *Diario de Avisos*, el único que entonces se editaba en la ciudad.

El capítulo quinto está dedicado a los poetas palmeros de la época, especialmente a Domingo Acosta Guión, que murió a finales de los cincuenta, a Félix Casanova de Ayala y a Luis Cobiella Cuevas, que empezaron a publicar por aquellos años.

En el capítulo sexto se detallan las más destacadas conferencias que tuvieron lugar en el transcurso de la década estudiada, la mayoría de ellas celebradas en la sede de La Cosmológica o en otros lugares bajo el patrocinio, en general, de esta centenaria entidad cultural.

Los capítulos séptimo y octavo se refieren, respectivamente, al teatro, circo y variedades que se representó en la ciudad, y al cine que se exhibió en los locales existentes en Santa Cruz de La Palma o en otros rincones de la ciudad acondicionados para la ocasión.

El capítulo noveno glosa las fiestas que jalaron el discurrir de aquellos años.

Cierran el libro un breve epílogo y un conjunto de perfiles biográficos de algunos de los integrantes de la tertulia conocida con el nombre de La Sabatina.

En el primer apéndice se recogen algunos de los documentos citados en los capítulos que componen el libro, y en el segundo apéndice, con el título de “Historias bastante palmeras”, se reproducen un conjunto de cuentos breves basados en algunos personajes de la época.

Las fotografías que ilustran los diferentes capítulos del libro proceden del fondo Pompeyo Crehuet existente en el archivo histórico de la ciudad de Santa Cruz de La Palma y han sido seleccionadas, con gran acierto, por mi buen amigo José Pablo Vergara.

En este punto me es grato agradecer la colaboración prestada por numerosas personas que nos han facilitado la realización de este trabajo. En este sentido, quiero dejar constancia expresa de mi gratitud a Miguel Gómez Ramos, Plácido Fernández Viagas Bartolomé, María Carmen Ayudarte Tapias, Ángel Antonio Greses Alves, Pilar Rey Brito, Antonio Abdo Pérez, Concha Capote Álvarez, Pilar Acosta Rodríguez, Antonio Tabares Martín, Maruja Díaz-Reixa, hermanos Carrillo Díaz, Rafael y Humberto Guadalupe Hernández, Zaida Hernández Guardia, David Peces Argente, Manuel Rico Lara, Ángeles Galván Fernández, Pedro Serra Aréchaga, Pedro Manuel Ruiz Romero, Antonio Sanjuán, Carmen Nieves Duque, Víctor Hernández, Isabel Santos Gómez, Isabel Gómez Salazar, María Carmen Aguilar Janeiro, Ángeles Morales García, Rosita Aguado Jaubert, Juana Santos Pinto, Luis Lozano van de Valle, Blas Francisco Toledo Sánchez (Dákar), Isabel Colomer Daranas, Valentín Soria Capafons.

Mención especial merecen los amigos Pilar Rey, Antonio Abdo, Miguel Gómez Ramos, José Pablo Vergara y Manuel Poggio Capote.

Manuel Poggio sugirió el título del libro, me acompañó para entrevistarme con algún testigo de la época, como Dákar, y aportó, puntual y sabiamente, algunos datos de singular relevancia que ayudaron a dotar a esta publicación de una mayor densidad y coherencia.

De hecho, este libro, inicialmente, fue concebido para ser publicado conjuntamente por Manuel Poggio y yo y, si bien diversas circunstancias lo han impedido, estoy seguro de que Manuel Poggio podrá en el futuro dar a conocer una segunda parte que cubra las lagunas y omisiones que, inevitablemente, toda publicación cultural contiene.

Los entrañables amigos Pilar Rey y Antonio Abdo, por su parte, además de facilitarme textos sobre el teatro y la escuela de teatro en La Palma de la que ellos son principales protagonistas, me pusieron en contacto con alguno de los palmeros que vivieron en primera persona aquella década prodigiosa, época que Antonio ha podido vivir y revivir a través de su esposa Pilar, un personaje clave para entender la “movida” que hubo

en Santa Cruz de La Palma durante la década estudiada. Mi agradecimiento hacia ellos es muy grande.

Mi gran amigo Miguel Gómez leyó con paciencia el texto de los diferentes capítulos, me sugirió algunas correcciones y añadidos y me animó a publicar el libro.

Por último quiero dar fe de que este libro no hubiera llegado a buen puerto sin la constante colaboración y buena disposición de José Pablo Vergara, hombre y amigo incansable con quien compartí muchas horas en el Archivo General de la Palma, visionando y comentando películas, diapositivas y fotografías de mi padre, Pompeyo Crehuet, quien, a pesar de no tener buen oído musical, también supo cantar la isla.

José Pablo leyó más de una vez los diferentes capítulos del libro y sugirió diversas correcciones, que he procurado atender; seleccionó las fotografías que ilustran el libro y, en fin, en todo momento, su espíritu animoso y constructivo me ayudó a resolver positivamente las dudas y vacilaciones que inevitablemente nos asaltan cuando escribimos un libro de estas características. Este libro es, en una parte, también suyo.

Finalmente, es de justicia que agradezca la excelente disposición del personal y miembros directivos de La Cosmológica que, en todo momento, me facilitaron la consulta de las publicaciones existentes en la hemeroteca de la entidad. Sin duda el ideal de todo estudioso es tener una Cosmológica cerca de casa.

CAPÍTULO I

LAS COMUNICACIONES

En junio de 1955 se abrió el primer aeródromo de la isla, situado en Buenavista (Breña Alta), que fue inaugurado por el Ministro del Aire, quien se desplazó a La Palma con esta finalidad. También fue bendecido en la misma fecha, aunque no por el Ministro del Aire, sino por la autoridad eclesiástica correspondiente. El primer aterrizaje en aquel aeropuerto se produjo el día 17 de noviembre del mismo año, si bien aún pasaría un tiempo antes que la compañía Iberia visitase regularmente la isla: “¿Cuándo nos visitará Iberia?” se preguntaba el periodista DAP (Domingo Acosta Pérez) en el *Diario de Avisos* del 19 de diciembre de 1955.

Hasta entonces las comunicaciones se realizaban exclusivamente por vía marítima. Los lunes llegaba el correílo procedente de Santa Cruz de Tenerife y, esa misma mañana, partía con rumbo a La Gomera y El Hierro, regresando el sábado siguiente. El martes arribaban a puerto el buque de la Naviera Pinillos (flota mercante creada después de la Primera Guerra Mundial para transportar las frutas canarias a la península), que por la noche salía hasta Santa Cruz de Tenerife. Cada quince días, los miércoles, arribaban los denominados carretas para retornar esa misma jornada a la capital provincial. Los viernes llegaban al muelle los mercantes de Sevilla, vía Santa Cruz de Tenerife, y regresaban por la tarde. Los jueves, sábados, domingos y los miércoles entre carretas, no había tráfico marítimo. Hasta que se inauguró el campo de aviación de Buenavista la isla quedaba aislada y la actividad relajada.

Las llegadas y salidas de los correílos constituían un punto de encuentro para los viajeros que salían y entraban

en la isla, así como para los que los recibían y los que iban a despedirlos, sin olvidar a los que acudían al muelle movidos por la curiosidad (sana o malsana; ahora esto da lo mismo), que eran también bastantes. Ir al muelle a ver a los viajeros que embarcaban y desembarcaban era entonces un entretenimiento para mucha gente, en cierto modo equivalente a la visión de determinados programas de televisión que hoy nos ponen al corriente de las idas y venidas de los famosillos de turno.

Sin embargo, no solamente los correíllos y los barcos de las compañías Transmediterránea (el *Plus Ultra*, el *Ciudad de Palma*, el *Ciudad de Mahón*, el *J. J. Sister*, el *Ciudad de Alcira*, el *Gomera*, el *Ciudad de Salamanca*, entre otros) y Pinillos (que por aquellos años había incorporado unos modernos buques llamados “bananeros” a su flota: el *Genil*, el *Sil*, el *Turia*, el *Ebro*, el *Darro*) atracaban en nuestro puerto: así en el año 1955, recalaron también, entre otros, el cañonero *Hernán Cortés*, la motonave *Alcántara* que, con numerosos turistas, arribó en 23 de julio, en plena celebración de las fiestas lustrales, por cuyo motivo también el vapor *La Palma* se convirtió en hotel flotante; el barco norteamericano *Cape Code* (la primera nave yanqui que visitaba la isla, 5 de octubre) y el buque escuela *Galatea* (31 de octubre).

A destacar que durante el verano de 1955 tuvo lugar el viaje inaugural de la motonave *Ernesto Anastasio*, un elegante barco de pasajeros que durante muchos años efectuaría la línea Península-Canarias. Llamado así en honor de Ernesto Anastasio Pascual, que entonces era el presidente de la compañía Transmediterránea (que tenía prácticamente el monopolio del transporte de pasajeros a Canarias), esta nave se convirtió en uno de los últimos representantes de la época dorada de aquella compañía. El *Ernesto Anastasio* salía los miércoles a las doce de la noche de Barcelona y pasaba por Tarragona (donde recalaba los jueves a primera hora de la mañana); Valencia (viernes), y llegaba a Santa Cruz de La Palma los lunes a las 17 horas. Después continuaba ruta hacia Tenerife, Las Palmas, otra vez Tenerife, Málaga y Barcelona. Nos consta que sus elegantes salones fueron escenario de más de un enamoramiento no siempre pasajero.

Hemos definido el *Ernesto Anastasio* como un elegante barco de pasajeros. Desgraciadamente esto ya casi no puede predicarse de los barcos de pasajeros actuales. El profesor Andrew Lambert, en su prólogo al precioso libro *Barcos* (Planeta, 2011), dice que “Los barcos ya no se construyen artesanalmente, ahora todas las piezas se cortan por ordenador, se sueldan con robots y se fabrican por secciones (...). Los intereses empresariales y económicos han transformado los barcos de pasajeros de obras maestras en monstruosidades, una torre de apartamentos en torno a un centro comercial. Los incrédulos sólo tienen que comparar la elegancia del *Queen Elisabeth II* con el pastiche grotesco que es el *Queen Mary 2*, una especie de cajón desproporcionado que revela el fracaso de la imaginación humana (...)”.

Tal vez las opiniones de Lambert pequen de ser algo exageradas, pero tiene razón cuando dice que los barcos actuales poco tienen que ver con los que surcaban los mares hacia la mitad del siglo pasado, en los que había tiempo incluso para enamorarse y en ocasiones, pocas, para desenamorarse.

Durante una parte del periodo estudiado, el servicio denominado Mediterráneo-Canarias (salidas desde Barcelona) lo efectuaban dos barcos: el *Ernesto Anastasio* y el *Villa de Madrid*, pero este último, que tocaba los puertos de Valencia, Alicante, Arrecife, Las Palmas, Tenerife y Málaga, no llegaba a Santa Cruz de La Palma. El que sí hacía escala en nuestro puerto, además del citado *Ernesto Anastasio*, era el barco que cubría la línea Sevilla-Canarias: cada dos semanas salía de Sevilla y, después de recorrer los puertos de Cádiz, Las Palmas y Tenerife, arribaba a La Palma los jueves por la mañana. También cada dos semanas salía del puerto de Bilbao uno de los dos buques de la compañía Pinillos que cubrían la línea Cantábrico-Canarias (Bilbao, Gijón, Villagarcía, Vigo, Las Palmas, Tenerife, Santa Cruz de La Palma, y otra vez Vigo, Gijón y Bilbao); el otro buque de la misma compañía que cubría esta línea del norte salía del puerto de Pasajes y recalaba en Santander, La Coruña, Vigo, Las Palmas, Tenerife, Santa Cruz de La Palma, y de nuevo La Coruña, Santander y Pasajes.